

Relato de una intervención educativo-terapéutica en una institución.

La base de este escrito, aquí sintetizada, es el material de trabajo de un seminario de formación que impartí en el año 2005 sobre teoría, métodos y técnicas de intervención educativo-terapéutica en el asesoramiento sobre problemas humanos. Se trata del relato de una intervención de ayuda a un menor ingresado en un Centro Residencial de Acción Educativa –CRAE– en Cataluña, es decir, en un hospicio moderno. Su valor, de tenerlo, reside en mostrar la posibilidad de subvertir en algunas ocasiones el carácter iatrogénico de tales instituciones, que debieran ser todas eliminadas. Subvertir en ciertos casos el carácter de dichas instituciones, situándonos claramente a la contra y planificando cómo hacerlo y con qué objetivo concreto a conseguir desde dentro, y en un plazo corto, para marcharse después.



Una experiencia de intervención en «crisis» con un menor de once años internado en un CRAE, o jugando dos, menor y educador social, al ajedrez contra el síntoma.

No dudo que lo interior tiene su interior, y que lo exterior tiene su exterior, y que la vista tiene otra vista, y el oído, otro oído, y la voz otra voz.

- Walt Whitman

1. Cómo viví los hechos:

Era una tarde de viernes, en los inicios de un otoño que no llegaba a definirse; más bien parecía que el verano no se quisiera marchar. Desde las nueve de la mañana estaba trabajando en aquella residencia para menores, tutelados por la administración, declarados en situación de desamparo. Pasaba allí la friolera de diez horas –las condiciones laborales como educador social en este tipo de centros son malas, como muchas otras cosas en estos hospicios modernos– pero por suerte tan sólo quedaban tres horas más para acabar mi turno y desconectar.

En la dosificación de fuerzas que para tales maratónicas jornadas de trabajo me imponía, entraba en aquel momento en uno de los intervalos en los que sólo la mitad de mi materia gris se quedaba en el CRAE –Centro Residencial de Acción Educativa–, mientras la otra mitad divagaba, en este caso sobre el cambio climático, o haciendo cálculos inútiles sobre mis desastrosas finanzas...

De los diez menores que ese día pernoctaban en el centro, dos adolescentes estaban visitando a sus familias o a amigos adultos y otros cuatro, los más mayores, andaban por ahí, a su aire, en la calle, en alguna actividad lúdica, haciendo mundo solos, creciendo. Se encontraban en la residencia

cuatro de los pequeños, de ocho a doce años, que estaban jugando, unos en el patio y otros en el comedor. Sabía que dentro de unos quince minutos saldríamos a pasear, a comprar caramelos –«chuches», les llaman ellos– y a alquilar una película, dado que los viernes eran día de ver un *video* o un *dvd* por la noche después de la cena. Cuando hubiera transcurrido más o menos una hora y media, llegaría el momento en que todo el grupo, los más pequeños, los adolescentes y los educadores, cenaríamos juntos.

Muy pronto tendría que volver a estar al cien por cien, pero por ahora, uno de mis tantos *yos* podía, si no dormir, sí reposar. A pesar del cansancio por la larga jornada de trabajo y de que tan sólo dos educadores teníamos a nuestro cargo, entre pequeños y adolescentes, a diez menores, es decir, a pesar de estar trabajando con unos medios humanos insuficientes, y además en un entorno pequeño –la residencia no era espaciosa–, de todos modos las cosas pintaban relativamente bien, pensaba para mí. Entonces pasó lo que pasó: «¡Hija de puta, te mataré, te abriré las tripas...!». Aquello venía del comedor, y justo al lado, desde el despacho de educadores donde yo me encontraba, sonaba muy desagradable.

La voz tranquila, absolutamente tranquila, de un niño de once años, con el tono muy alto pero sin gritar, desgranaba, al parecer contra una niña de doce, un rosario de perlas de carácter intimidatorio: «Te lo juro, te mataré. Esta noche, cuando duermas, te rajaré con un cuchillo...».

Vaya, vaya –me dije–, hay que ponerse al cien por cien antes de lo previsto, se acabó el reposo. Me dirigí al comedor lentamente, no preocupado sino ocupado en pensar rápido cómo mover las piezas de una necesaria partida de ajedrez contra el síntoma de falta de auto-control que genera las dificultades para relacionarse y el malestar con agresividad que padece este niño. Primero, pensé, moveré un peón dejando espacio a una torre, y tras jugar con ésta, finalmente haré aparecer un caballo.

Me acerco en cuatro zancadas, intentando evitar nervios que podrían distorsionar la intervención que realizar; además, con la tranquilidad de saber que se trata de un niño al que, si las jugadas previstas no salen bien y continúa con su espiral de agresividad, basta con contener abrazándolo firme pero dulcemente. Llega al mismo tiempo que yo el educador que estaba con los otros dos menores en el patio y una estudiante en prácticas que ese día nos acompañaba. Me encuentro lo que esperaba; ya conozco ese silbido

de amenazas, pero en esta ocasión la cara del niño no es de rabia, no es de ira, más bien sonrío. La niña al parecer ya está acostumbrada y mantiene una pose de circunstancias, mientras nos mira como diciendo: «Lo veis, lo escucháis. ¿Qué vais a hacer?».

Finalmente la niña plantea:

—No le he hecho nada, solamente le he dicho que se apartara y me dejara pasar.

—No es verdad, me ha empujado –responde el niño–. La voy a matar, le reventaré la cabeza...

Apenas dos meses antes, las autoridades locales de la Dirección General de Atención a la Infancia y la Adolescencia –DGAIA– de la Generalitat de Cataluña habían derivado –enviado– al niño a la residencia con el acuerdo de su madre, y de forma urgente. A estas alturas, aunque no conozco toda su historia, sí cuento con bastantes datos:

Un niño al que en este momento su madre no quiere, o no puede, tener con ella, a menos que los «especialistas» se lo arreglemos. Una madre desbordada, pues, que ha tirado de momento la toalla. Un niño con un padre que parece hablar poco –¿mamá no le deja espacio o simplemente se inhibe?–. Un niño que ha organizado interesantes líos en su casa y en la escuela. Destrozar a martillazos, subido a una escalera, un falso techo puede ser muy divertido a los once años; dado que se hace en casa, el personal tiene la oportunidad de reflexionar sobre la relación de lo falso del techo con lo falso, en general, del dicho: «Hogar, dulce hogar». Asimismo, amedrentar a un compañero de la escuela diciéndole «mi padre tiene una pipa, de las que disparan balas, y mañana la voy a traer para reventarte a tiros los sesos», puede ser una forma nada desdeñable de obtener reconocimiento social; el vacío de la falta de una madre (que, de momento porque está desbordada, es abandonica) y la ausencia de la figura paterna lo corroen e impiden que se sienta parte con los demás en el terreno de los estudios, pues, dado su estado emocional, no tiene forma de concentrarse.

Un psiquiatra externo al centro y algunos educadores sociales del equipo de la residencia, seguramente con la mejor de las intenciones, creen que hay que explorar posibles deficiencias mentales (¿a quién no se las encon-

tramos si las buscamos?). Digo «con la mejor de las intenciones» puesto que argumentan que tal vez sería mejor que no continúe inscrito en una escuela normalizada y vaya a una «especial» para deficientes; así, dado que ahora suspende casi todas las materias, no tendría sensación de fracaso. El camino del infierno, de la segregación y la estigmatización, está empedrado de buenas intenciones, que decía el otro.

Ante su supuesta «peligrosidad» a pesar de ser niño –quién no ha visto la bazofia *made in Hollywood* del exorcista–, mamá llamó a la policía cuando, a pesar de sus once años y una complexión física fuerte pero dentro de lo normal para su edad, se vio incapaz de impedir que le destrozara los muebles de la casa en una crisis de ira.

Un niño a quien un psiquiatra del CSMIJ (Centro de Salud Mental Infantil y Juvenil) de la localidad –el mismo que considera necesario explorar posibles deficiencias mentales del menor– receta pastillas neurolépticas desde hace un año. Durante este periodo ha ido cambiando de impresión diagnóstica; hasta tres etiquetas diferentes en un solo año: primero, hiperactividad; más tarde, depresión; últimamente plantea que tiene rasgos psicóticos. Un niño que cuenta fantasías (un coche de lujo, un yate...) como otro método de búsqueda de reconocimiento social, puesto que, cuando se le pone en duda, rápidamente acepta que no es real y admite que lo dijo «para chulear». También finge enfermedades, ¿para no ir a la escuela o para demandar atención?, ¿o por las dos cosas a la vez? A veces habla de una abuela muerta hace poco, y menos, de un abuelo paterno, el viudo, que al parecer no está de acuerdo con que hayan internado a su nieto en un hospicio.

Al contrario de lo que algunos preveían, en dos meses de residencia no ha destrozado nada (¿tal vez los destrozos eran un mensaje dirigido a los componentes de su hogar, y por ello sólo se produjeron en tal marco?). Aun así, mantiene latente la amenaza de explosión y de hecho explota, entre otras formas, sin pestañear, lanzando muy a menudo –hasta ahora una vez al día como mínimo– contra los demás niños del centro una retahíla de improperios y amenazas similares a las de un matón de barrio; normalmente tal situación acaba con la necesidad de contención física por parte de algún educador, que lo aparta por un tiempo breve del grupo de iguales y le impone alguna sanción, sin que esto sirva para solucionar el problema.

Bastantes de los miembros del equipo educativo de la residencia queremos

que abandone la medicación con neurolépticos, puesto que consideramos que el niño no sufre enfermedad mental alguna. Sin embargo, el psiquiatra de referencia del CSMIJ se niega a dejar de suministrarle tal medicación; otros miembros del equipo educativo del centro, también bastantes, coinciden con el psiquiatra, en nombre de que se descontrola muy a menudo con su actitud de amenazas. Ahora toma Zyprexa.

Un niño, en esencia, libre de síntomas psicóticos –sin alucinaciones, sin delirios, sin inhibición frente a los estímulos externos– y con una inteligencia normal, pero con problemas de auto-control sobre cómo manejar y expresar su malestar y cómo relacionarse con los demás; un niño al que se le ha lanzado por parte de los adultos y repetidamente el envenenado mensaje no de que, como es obvio, tiene problemas, sino de que él es el problema. Y al que se le dice que es violento e incapaz de controlarse y se le plantea que solamente con la toma de medicación neuroléptica puede conseguir no tener explosiones de descontrol. Tal vez por ello, tomando prestada tal identidad –ya sabemos que a esa edad es mejor tener una identidad negativa prestada que no tener ninguna–, se ve obligado a demostrar continuamente dicho descontrol. A veces pide él mismo que le suministren las pastillas, pues plantea que le cuesta dormirse sin ellas, a pesar de que también dice, otras muchas veces, que le sientan mal: lo atontan, se duerme en la escuela, a veces le hacen vomitar...

Y un niño que en este momento está intentando amedrentar a una niña. Sé, como ya dije, que con plantearle con fuerza: «¡ya basta!», abrazándolo y separándolo del grupo unos minutos, la cosa se acabará ahí. Pero no se trata de eso, porque la situación volverá a repetirse mañana y pasado –ya dije que la frecuencia de la aparición de estas «crisis» tiene hasta el momento por media una, por lo menos, cada día–. Así que, ni corto ni perezoso, muevo un peón para dejar apertura a una torre:

—Venga, vuelve a decir esas tonterías –le digo.

—La mataré...

—Bravo, ahora mismo te voy a poner ocho rayas para el descuento en las pagas semanales.

En el centro se utilizan este tipo de reforzadores conductistas; no es mi modelo de trabajo, pero a veces, ya que no puedo evitar su existencia, juego

con ellos a mi modo; lo normal es que los educadores pongan una raya como sanción en el tablón que recoge el cuadro al respecto, ya que cada dos rayas es una paga semanal menos. Yo expresamente intento «provocar» al niño con la barbaridad y el absurdo de las ocho rayas.

—¿Ves?, ya está. Venga, di más tonterías, que pondré ocho rayas más.

—Me cago en la puta... –se mueve, da pasos rápidos en círculo y ahora sí que grita y se le congestiona la cara—. Cabrón...

Bien, bien –me digo–, el movimiento del peón ha funcionado: ha aparecido la emoción, se ha borrado de su cara la sonrisa aprendida, y salen ya la rabia y la ira que antes se agazapaban en una pose de falsa frialdad. Ahora me toca mover la torre:

—Pues tú y yo nos vamos a quedar aquí en el centro hasta que solucionemos esto –le planteo–. Os podéis marchar a comprar las «chuches» y a buscar la película para esta noche; si lo arreglamos rápido, ya os vendremos a buscar –les digo a mis colegas, el otro educador que está de turno y la estudiante en prácticas; éstos se van con los tres niños que están en ese momento en la residencia–. ¿Qué? –le espeto cuando nos quedamos solos–, ¿lo solucionamos, borramos las rayas de sanción de paga, nos vamos con los demás a buscar la película y las «chuches», y le pides perdón a N? ¿O no, y mejor seguimos con este juego tan aburrido y pasamos a destrozar la casa? Por ahí hay un martillo que te puedo prestar para que rompas cosas.

Me mira con cara de pasmo, se queda bloqueado, confuso, unos treinta segundos, y yo aprovecho para enviarle un mensaje directo y significativo que recibirá amplificado debido a la situación de sorpresa:

—Bueno, ya lo sabes: tú puedes controlarte, tú no necesitas pastillas ni castigos de rayas quitándote la paga. Tú necesitas hablar, jugar, tener amigos y gente a la que quieras y que te quieran. O a lo mejor no, y lo que realmente necesitas es sacar la rabia diciendo tonterías y destrozando cosas porque no encuentras otra forma, como, por ejemplo, hablar. ¿Qué hacemos?

—Hijo de puta...

Se le pasa el pasmo, pero el mensaje ha sido lanzado; tras recibirlo, nuestro niño sube corriendo a su habitación, que está en la segunda planta, y da un

estruendoso portazo. Subo lentamente y me lo encuentro debajo de la cama dándole patadas al somier de madera.

—Es tu cama, golpéala más fuerte, no es un ser vivo y no le duele, pero si la rompes, por la noche no dormirás muy cómodo –le informo.

—Sois unos hijos de puta; me dijeron que mi abuela se había muerto el día de mi cumpleaños..., ¿por qué?

Ha iniciado un diálogo con algo que tal vez le preocupe o no, pero que implica, efectivamente, un comienzo, y sobre un tema teóricamente del orden de los sentimientos íntimos, lo que me hace pensar que vamos avanzando.

—Pero queda tu abuelo –le contesto—. ¿Qué tal con él? Y están tus padres, ¿cómo va con ellos?

—A ti qué te importa. ¡Dejadme en paz!

Obviamente, la cosa no va a ser fácil, y tendrá altibajos; por otro lado, su respuesta me dice que tal vez he ido demasiado rápido y aún necesita sacar más rabia antes de poder hablar, es decir, de hacer catarsis, para después poder escuchar alguna propuesta efectiva y solucionar su malestar, así que intento facilitar que acabe de expresar la ira:

—Bueno, sigue dándole patadas al somier, puede que te siente bien, aunque a lo mejor sería más divertido hablar. Pero golpea con más fuerza, que parece que no tengas mucha –vuelve a darle patadas al somier, aunque flojas, y prosigue amenazando, pero me parece detectar claramente que ya sin muchas ganas.

—Os mataré, cogeré un cuchillo...

—No –decido cortarle el discurso utilizando una entonación claramente histriónica—. Tú necesitas una ametralladora como mínimo –y continúo pasando a una entonación suave—. Pero, en realidad, no es verdad esto, porque tú sabes controlarte, sabes hablar de lo que te preocupa. Tú no necesitas ni ametralladoras ni cuchillos –y subo el timbre de voz—. Ni pastillas ni castigos –vuelvo a una entonación suave–: ¿Qué ha pasado con N, por qué te enfadaste con ella? ¿O es que la querías impresionar para que sea tu amiga? Hombre, así lo que haces es asustarla. Y escucha bien, que esto es

importante: los mayores también se asustan de ti cuando te descontrolas y rompes cosas o amenazas; entonces, cagados de miedo, dicen: «éste necesita pastillas». Consigues asustarlos, sí, pero te lo devuelven con castigos y con pastillas que tú mismo dices muchas veces que te sientan mal, que te atontan, y entonces no sales ganando nada. ¿O sí sales ganando? Tal vez sí sales ganador, y tienes que seguir amenazando y rompiendo cosas para que te traten de loco, te den pastillas y te castiguen, a pesar de que está muy claro que tú no estás loco.

Deja de dar patadas al somier, sale de debajo de la cama y se pone a mirar a la calle por la ventana. Pasan unos tres minutos y nos hemos mantenido los dos en silencio. Me acerco a él y lo acaricio en la nuca suavemente dándole un pequeño masaje mientras le digo:

—Ya está, ya se acabó. Ya estás casi del todo bien. Yo ahora me voy abajo y te espero. Bajas tranquilo cuando quieras, tú mismo borras las rayas de sanción de pagas con pasta de borrar, nos vamos a comprar las «chuches» y a juntarnos con los demás para elegir la película para esta noche y le pides disculpas a N por lo que le has dicho. Tómate todo el tiempo que aún necesites antes de bajar.

En efecto, bajo a la primera planta y me siento a esperarlo en el comedor. De súbito, mi reloj biológico me dice: «el niño tarda demasiado en bajar; no puede ser, las jugadas con el movimiento del peón y la torre tienen que haber funcionado, y aún me queda por proponerle que movamos juntos un caballo». Casi en el mismo instante de pensar esto, oigo cómo se acerca. Le doy la pasta de borrar, coge el bote y borra las rayas de sanción de paga; aún lo hace con cierta rabia, pero a mí no me parece mal y no le digo nada; después tira el bote al suelo; no me molesta, es normal, lo de las ocho rayas de sanción por mi parte fue muy provocador, él tiene su amor propio y eso es bueno, pero le señalo muy dulcemente:

—Venga, vamos a estar bien, que es de lo que tienes ganas, ¿no? Recoge el bote de la pasta de borrar y dámelo o déjalo en la mesa, como prefieras –recoge el bote del suelo y me lo da; casi en ese mismo momento suena el timbre de la puerta de la calle y el niño va a abrir; es D, un adolescente de los más mayores que vuelve al centro y se sienta con nosotros-. ¿Qué, le explicamos a D lo que ha pasado y luego nos vamos a comprar las «chuches»? Y si D quiere, que nos acompañe.

—Bueno –acepta el niño.

Le damos una versión reducida de lo ocurrido al adolescente, con una especie de moraleja a lo doble vínculo terapéutico:

—Es que cuando hay que romper cosas, pues se rompen, y si hay que amenazar, se amenaza. Se enseñan los dientes cuando pasan de escucharnos, pero desgraciadamente eso siempre acaba volviéndose contra nosotros. Pero es que hay que hacerlo, aunque nunca funciona; en cambio, hablar suele dar mejores resultados.

—Sí, yo a veces cuando me enfado le doy golpes a las paredes y a los muebles, pero me hago daño y además después hay que pagar o arreglar lo que se rompe, así que es verdad que es mejor hablar –remacha D para ayudarme.

Finalmente, D prefirió no acompañarnos, como era previsible dada su edad; lo dejamos solo en la residencia y ésta, a su cuidado. Marchamos el niño y yo a comprar las «*chuches*» y a buscar a los demás pequeños.

Observando que nuestro niño ya está completamente tranquilo, y después de contarme que quería mucho a la abuela que se murió, aunque no la veía demasiado a menudo, que quiere también mucho a su madre, pero que ésta piensa que él se porta muy mal y siempre esta castigándolo, y tras dejarlo charlar todo lo que quiso reduciéndome a escucharlo con mucha atención, pero sin hacer comentarios ni preguntas, decidí proponerle mover el caballo. Considerando el momento favorable en la apertura de la partida de ajedrez contra el síntoma, para que el niño acepte incorporarse a jugarla él también, tras su catarsis y haber recibido, sobre el problema planteado, mensajes de reestructuración –«no estás loco, y no es verdad que no puedes controlarte y no necesitas ni que te castiguen, ni tomar medicación neuroléptica»:

—Escucha, a ver si te parece bien un juego que te propongo –le dije–. Escucha con atención, el juego consiste en lo siguiente: ¡teatro! Esta noche, en la cena y durante el tiempo que veréis la película, y mañana durante todo el día, harás *teatro*. En lugar de enfadarte, amenazar, pegar o romper cosas, cuando tú creas que alguien se mete contigo, pues vas a hacer *teatro*. Vas a interpretar el personaje de un niño que es muy tranquilo, que responde muy tranquilo siempre, con voz agradable y sin gritar nunca. Que no ame-

naza, no pega, no insulta ni rompe nada. Pero que no se deja avasallar, ni se deja asustar, ni que le peguen, ni que pasen de él, nunca. Un niño que dice lo que piensa, sí, pero muy tranquilo y de forma amable, ¿te parece bien?

—Sí –me contestó.

—Te pondré un ejemplo del juego de teatro que te propongo: si, por decir alguien, S se mete contigo y te llama tonto, como hace a veces, tú, en lugar de amenazarla e insultarla, como respondes siempre, le contestas, muy tranquilo: «Ya sabes que yo no soy tonto, pero no me enfado porque sé que tú eres buena y lo dices sin mala intención, y que lo haces para jugar, aunque a mí ese juego no me gusta». S se va a quedar turulata, extrañada y sin saber qué hacer. Pero que nadie te vea reír, recuerda que estás haciendo *teatro*.

—Vale –me respondió.

—Será un secreto entre tú y yo; si hoy, durante la cena, veo que te olvidas, te diré flojito al oído: «¡teatro!». Sólo esta noche y mañana, ¿vale? Otros días, si quieres, puedes seguir jugando, pero si te olvidas, ya nadie te dirá «teatro».

—Vale –volvió a asentir.

Entonces dedicamos un tiempo, casi quince minutos a «ensayar», siempre con humor y en forma de juego. Es decir, a imaginar situaciones problemáticas que el menor se podía encontrar esa noche y al día siguiente, en las que tuviera que decirse a sí mismo: «teatro». Planificamos las respuestas pensando qué podría hacer en cada caso. Pasé después a extender el vínculo de la complicidad –el «secreto»– a mis compañeros educadores que iban a estar con el niño para permitir coordinar la intervención:

—Bueno, esto del juego se lo diremos también al educador R y a la estudiante en prácticas C, porque yo me voy después de la cena y no te podré decir «teatro» si te olvidas. Y también se lo diremos a CA, la educadora que se quedará esta noche cuando R y C se vayan, y que ella se lo diga a M, que se quedará en el centro mañana sábado. Pero a nadie más, porque esto es un secreto; si la cosa sale bien, más adelante se lo explicaremos a todos los educadores si estás de acuerdo.

Y nos encontramos con el resto del grupo de los pequeños, que ya se habían pertrechado de «*chuches*» y que, amablemente, le habían comprado una ración a nuestro niño, que le pidió disculpas a N, la niña a la que había

amenazado. Durante el resto del tiempo de aquel día que seguí trabajando en la residencia no ocurrió ningún incidente y no hizo falta recurrir con el niño a la utilización de la palabra movilizadora del auto-control, o *mantra*, si se quiere: «teatro». A las diez de la noche me marché y desconecté. Dos días después, de vuelta en la residencia, me contaron que la intervención había funcionado de forma óptima:

Me explicó R –el educador social con el que compartía turno el día de los hechos y que había acabado su turno una hora y media después que yo– que aquella misma noche del viernes, tras la cena y mientras el grupo veía una película, se produjo la siguiente escena: una adolescente intentó provocar al niño, insultándolo, en el fondo porque no le cedía lo que ella consideraba era su sitio en el sofá y éste contestó algo así como: «Por favor, no te metas conmigo, no está bien, debemos ser amigos todos y yo sé que tú eres buena». La adolescente, acostumbrada a las maneras explosivas del niño, y algo estupefacta, supongo, dejó de molestarlo, pues el juego «te pincho y saltas» era imposible de seguir siendo jugado.

Durante el resto de la noche no hubo ningún incidente, según me explicó la educadora CA. Al día siguiente de la intervención, sábado, y ante una situación de conflicto, me contó la educadora de turno, M, que decirle al niño, al oído, la palabra «teatro», pareció ser suficiente para que simplemente refunfuñara sin entrar en una espiral de violentas amenazas. Durante toda la semana siguiente no apareció ninguna «crisis» –según quedó recogido en el diario del centro– y el niño sí que en alguna ocasión dijo: «Estoy nervioso, me voy arriba a mi habitación a calmarme». Y al hacerlo no le dio golpes a nada.

Y lo que es realmente significativo, después de dos semanas, el niño habló con la educadora CA de su deseo de dejar de tomar medicación neuroléptica y, tras ello, me dijo que quería hablar también conmigo, y tuvimos la siguiente conversación:

—Yo no quiero tomar más pastillas –me planteó– ni quiero ver a Y –el psiquiatra del CSMIJ que hasta entonces lo había tratado–. Prefiero, y sin tomar pastillas, ver a otra de allí, a N –otra terapeuta del mismo CSMIJ–, a la que veía antes y no me daba pastillas, sólo hablábamos y jugábamos. Yo ya no me porto mal. Tú y CA me habéis dicho muchas veces que hay unas hierbas que puedo tomar si no me puedo dormir por la noche.

—Sí, valeriana, la hay en cápsulas. Además, muy rápidamente podrías dejar también la valeriana; hay otras formas para poder dormir que te conta-

remos si quieres escucharnos.

—Pues yo no quiero las pastillas, también se lo he dicho a CA.

—A mí me parece muy bien –le contesté–. Lo diré en la próxima reunión del equipo educativo y creo que la mayoría de los educadores van a estar de acuerdo en que dejes de tomar esas pastillas y en que cambies de terapeuta en el CSMIJ. Pero quiero que sepas que ésta es una decisión muy importante y que todos vamos a estar muy pendientes, en cuanto dejes las pastillas, de lo que haces. Hay quien dice que no eres capaz de controlarte sin ellas. Yo estoy seguro de que sí eres capaz, pero vas a tener que esforzarte, pues, durante un tiempo, mucha gente va a estar observándote. Siempre puedes utilizar el truco de decirte, cuando veas que te vas a poner nervioso: «teatro». Y si en algún momento ves que esto ya no funciona, nos lo dices y buscaremos algún otro truco.

Transcurridos tres meses, el menor no había vuelto a manifestar ninguna «crisis». El equipo educativo de la residencia aceptó, por mayoría, aproximadamente un mes después de lo explicado, plantearle al psiquiatra del CSMIJ que los guardadores del menor no estábamos de acuerdo en que siguiera tomando medicación neuroléptica y que, en todo caso, la manifiesta mejoría en su conducta mostraba que no era necesaria. Entonces se le retiró paulatinamente la medicación psiquiátrica y aproximadamente un mes y medio después ya no la tomaba, tampoco valeriana, y dormía bien. Se aceptó la propuesta del menor de cambio de terapeuta en el CSMIJ, al que acudió mensualmente. Su rendimiento en la escuela mejoró. Se le realizaron pruebas psicométricas –pruebas que eran innecesarias– que lo situaron en la media, es decir, ninguna deficiencia mental fue detectada.

Nadie volvió a proponer que ingresara en una escuela para deficientes. Conscientes de que una estancia de más de un año de un menor en una residencia suele ser problemática para el mismo, se inició un trabajo de exploración de las posibilidades para que el menor pudiera volver en breve a su hogar de origen, o que, cuando menos, pasara más tiempo en su casa que en la residencia. Intervinieron dos educadores del centro con la madre del niño para ayudarla en su desbordamiento y, en general, a mejorar las relaciones paterno-materno-filiales. Once meses después de lo narrado, educadores sociales que trabajaban aún en la residencia en cuestión me explicaron que el menor seguía bien y pasaba más días a la semana viviendo en su casa que en el centro.

2. Una breve reflexión sobre la intervención en instituciones residenciales:

Cuando se hacen este tipo de intervenciones educativo-terapéuticas, de carácter estratégico, en una institución en la que trabajan varios facilitadores, educadores, terapeutas..., como en una residencia, es decisiva la coordinación de un número significativo de éstos; si no, no suelen ser posibles.

Hay que advertir que generalmente es muy complicado poner de acuerdo en objetivos, estrategias y tácticas, a veces muy sutiles, a los profesionales en residencias y similares, teniendo en cuenta que tales instituciones suelen moverse por intereses de pervivencia como tales y con rutinas burocráticas de mero control social, que hacen muy difíciles, cuando no imposibles, las intervenciones educativo-terapéuticas en su seno. Rutinas burocráticas de pervivencia y mero control social muy interiorizadas, en general, por los profesionales que en ellas trabajan.

Como se habrá podido observar, la intervención aquí narrada fue decidida en el momento de iniciarla, aunque quien esto escribe la llevaba construyendo hacía semanas y, desde hacía también semanas, estaba abierto el debate en el equipo educativo del centro al respecto del carácter de los problemas del menor y la forma de tratarlos. Se puso al corriente de la tarea propuesta al niño y del porqué de la misma y su objetivo, en principio sólo a los componentes del equipo educativo de la residencia que aquel día y el siguiente iban a tratar con el menor. Y a posteriori de realizada la intervención, sabiendo que pesaría favorablemente el factor de que eran relativamente pocos los profesionales que iban a participar directamente en la relación con el menor en la forma aquí narrada –sólo cinco–, pero suficientes, y por tanto con fácil coordinación. Obviamente, con la previsión, con casi absoluta seguridad, de que tales profesionales estarían de acuerdo con el carácter y forma de dicha intervención, o por lo menos no se opondrían y no la boicotearían. Eran parte de los educadores del equipo que consideraban que el menor en cuestión no padecía ninguna enfermedad mental, ni manifestaba problemas de hiperactividad o de deficiencias en su coeficiente de inteligencia, y sí, en cambio, serios y preocupantes problemas en la forma del auto-control para afrontar sus malestares y la relación con los demás.

Se partió de la base de considerar que, dada la situación del debate en el equipo educativo de la residencia sobre los problemas del menor y cómo

tratarlos, de conseguirse que el niño mostrara una mejoría continuada, durante semanas, con métodos como el del juego de auto-control planteado, existía una alta probabilidad de que la parte del equipo educativo que sostenía que el niño manifestaba una enfermedad mental cambiaría su visión o, cuando menos, no pudiera seguir defendiéndola con la base argumental que utilizaban hasta aquel momento: «Es que el niño se descontrola continuamente». Y de que apoyara, entonces –o por lo menos no se opusiera a–, una forma de tratamiento estratégico centrado en la palabra, las propuestas de tareas de cambio en forma de juego y de un trabajo con la familia del menor, como así ocurrió.

En los casos de residencias e instituciones en las que no hay condiciones para conseguir apoyos mínimos y significativos, ni posibilidad de coordinación en la intervención educativo-terapéutica que se considera necesaria, habrá que decidir, generalmente, abstenerse de intervenir y reducirse a cuidar y no dañar. Hasta que esa situación varíe favorablemente, si ello es posible, que no siempre lo es.

Es más, en la mayoría de los casos, el carácter de instituciones burocratizadas suele estar muy cristalizado, por lo que no hay más remedio que marcharse de las mismas denunciándolas como los aparatos de control social que son. En esta ocasión, una serie de eventos favorables coincidentes –sobre todo la entrada en la residencia de un grupo de educadores nuevos y con capacidad de apertura mental y la presencia de un director del centro también nuevo, buen profesional, abierto y con luces, que permitió hacer– se conjugaron para que pudiera producirse el tipo de intervención explicitada.

Jornadas sobre el encierro y la infancia marginada ...



centrosdemenores.com